

EL PARAÍSO RECUPERADO

Hugo Bouter

El paraíso recuperado

El jardín de Dios en las Sagradas Escrituras



El paraíso recuperado,
el jardín de Dios en las Sagradas Escrituras

Copyright © 2014 Hugo Bouter
Primera edición en español.
Traducido por Ezequiel Marangone de la versión en inglés.
ISBN 9781291752403
Impreso en Francia

Las citas bíblicas pertenecen a las versiones Reina-Valera, revisión 1960
y Versión Moderna, revisión 1929

Todos los derechos reservados. Esta obra no será reproducida ni transmitida total
o parcialmente en ninguna forma ni por ningún medio, electrónico o mecánico,
incluyendo el fotocopiado, grabación o registro en cualquier sistema de recuperación
de datos sin el permiso escrito de Maquelia, Spain

“Conozco a un hombre en Cristo (...) que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar.”

2.^a Corintios 12:2-4

Contenido

Prefacio	9
1. El significado del árbol de vida y del agua de vida en la Biblia	13
1.1. El jardín del Edén	13
1.2. Cristo, el verdadero árbol de vida	15
1.3. Cristo y el agua viva del Espíritu	16
1.4. El agua de vida a disposición de todos los sedientos	17
2. La Iglesia como el jardín de Dios, actualmente y en el futuro	21
2.1. El paraíso de Dios	21
2.2. La Iglesia de Dios	23
2.3. El templo y la ciudad de Dios	24
3. Con Cristo en el paraíso.	27
3.1. La última voluntad de nuestro Señor	27
3.2. “Hoy estarás conmigo en el paraíso”	29
4. Con Pablo en el paraíso	31
4.1. Un hombre en Cristo	31
4.2. El paraíso y el tercer cielo	34
4.3. Arrebatado en el cuerpo o fuera del cuerpo	34
4.4. Cuatro cosas inefables	36
5. Con Juan en el paraíso	39
5.1. La felicidad de entrar en la ciudad santa	39
5.2. Los resultados de nuestra purificación	41
5.3. El árbol de vida en el centro	43

Prefacio

Después de haber pecado, Adán y Eva fueron expulsados del paraíso terrenal en el que habían sido colocados por Dios, y la entrada de aquel jardín fue bloqueada para siempre por un ángel que blandía una espada de fuego. El hombre caído en el pecado ya no tenía posibilidades de poder regresar a dicho jardín. Sin embargo, Dios proveyó algo mucho mejor, porque la obediencia de Cristo tuvo resultados mucho más amplios que sobrepasaron las consecuencias de la desobediencia de Adán. La obra cumplida por Cristo en la cruz del Calvario abrió la entrada a un jardín celestial, nuevo y diferente: ¡El paraíso de Dios en el cielo!

En el Nuevo Testamento hallamos sólo tres menciones acerca de este lugar de perfecto gozo. No obstante, lo que leemos en dichos pasajes tiene una gran importancia, ya que arroja mucha luz acerca de las inescrutables riquezas de la persona y la obra de Cristo:

1. En primer lugar, debemos afirmar que todos los creyentes que durmieron en Jesús se encuentran en la presencia inmediata de su Señor y Salvador. Ellos están con Cristo en el paraíso, tal como el mismo Señor lo prometió al malhechor que había

creído en Él: “Hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43). Por este motivo el apóstol Pablo deseaba “partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor” (Filipenses 1:23). En ese lugar, Cristo es el centro sublime de todos los suyos. Él es Aquel que lo llena todo en todos.

2. En segundo lugar, también aseveramos que estos mismos creyentes que durmieron en Jesús se encuentran en el *tercer* cielo, es decir, en el cielo de los cielos, el lugar donde habita Dios mismo (2.^a Corintios 12:2-5). Ellos están en la presencia inmediata de Dios y escuchan palabras inefables que ningún hombre en la tierra tiene la capacidad de decir. Pablo habla de sí mismo de manera bastante críptica, haciendo mención de “un hombre en Cristo”, y tenía buenas razones para expresarse así. *Cristo* mismo está allí, pero en ese mismo lugar también se encuentran todos aquellos que están unidos *con Él*, como el postrer Adán.
3. Por último, según Apocalipsis 2:7, este paraíso celestial es el “paraíso *de Dios*”. Al contrario del paraíso terrenal, este paraíso celestial no puede ser arruinado por el hombre, pues mantiene todas las marcas de la perfección divina, y, por consecuencia, el pecado y la muerte están absolutamente ausentes. De manera que el árbol del conocimiento del bien y el mal, a partir del cual poseemos nuestra consciencia acusadora, en ninguna manera puede estar ahí. Sólo leemos acerca de la presencia del árbol de vida, el cual, indudablemente, es una figura de Cristo como el Creador y Sustentador de la nueva vida, el nuevo hombre, la nueva creación.

A raíz de estas verdades tenemos libertad, siguiendo los pasos del gran apóstol enviado a las naciones, para predicar acerca de las inescrutables riquezas de Cristo y hacer conocer la multiforme

sabiduría de Dios, el Creador de todas las cosas (Efesios 3:8-10). Él abrió nuevamente un paraíso para nosotros y nos garantiza el acceso al verdadero árbol de vida y al río de vida.

1. El significado del árbol de vida y del agua de vida en la Biblia

“Y Jehová Dios plantó un huerto en Edén, al oriente (...) Y Jehová Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer; también el árbol de vida en medio del huerto, y el árbol de la ciencia del bien y del mal. Y salía de Edén un río para regar el huerto, y de allí se repartía en cuatro brazos.”

Génesis 2:8-10

1.1. El jardín del Edén

Según Génesis 2, el jardín en el que Dios puso al hombre que había creado estaba en algún lugar de Mesopotamia, entre los ríos Éufrates y Tigris. Generalmente, para referirnos a dicho jardín utilizamos la palabra «paraíso», de origen persa, cuyo significado es «jardín de placer o de delicias». Tal expresión aparece en el

Antiguo Testamento algunas veces, como por ejemplo en *Cantar de los Cantares* de Salomón, capítulo 4:12. Y, como veremos en el capítulo 2 de este estudio, esta palabra es muy importante para nuestro tema de meditación.

En este breve libro deseamos concentrarnos en el significado espiritual y simbólico de las expresiones río de vida y árbol de vida, sin dejar de lado, no obstante, su valor literal e histórico, pues, sin lugar a dudas, el jardín del Edén, los dos árboles y la serpiente que hablaba eran fenómenos perceptibles. Otro detalle importante es el hecho de que la mención acerca del paraíso aparezca al principio y al final de la Biblia. En el último libro de las Escrituras hallamos la contrapartida del jardín del Edén: un paraíso celestial, el paraíso de Dios (Apocalipsis 2:7).

El libro del Apocalipsis muestra los paralelismos y contrastes existentes entre este libro y el libro del Génesis. El Apocalipsis menciona un paraíso, pero enfatizando que se trata del paraíso de Dios, y no el del hombre. Se trata de Su propio jardín de delicias, y, sólo por la gracia sobreabundante, los hijos de Dios podemos disfrutar juntos de tales delicias. En el paraíso de Dios el pecado no podrá entrar, ni habrá lugar para el diablo y la muerte, pues ambos son enemigos vencidos (1.ª Corintios 15:26; Apocalipsis 21:4). Además, resulta llamativo que allí tampoco estará el árbol del conocimiento del bien y el mal (cfr. Génesis 2:9; 3:3 con Apocalipsis 2:7; 22:2,14), lo cual nos habla de que nunca más existirá la posibilidad de pecar. Nuestras conciencias ya no podrán acusarnos ni imponernos carga alguna. En lo que se refiere a nuestra posición como cristianos, todo esto es una realidad que disfrutamos hoy mismo, pues, la obra cumplida de Cristo nos ha purificado de mala conciencia (Hebreos 10:22).

Tal es nuestra posición en Cristo ante Dios, porque fuimos hechos perfectos en el Señor glorificado (cfr. Efesios 1:4-6). Sin embargo,

sabemos que en la práctica las cosas suelen ser diferentes, que un creyente puede pecar luego de su conversión y ser acusado por su conciencia. Entonces resulta necesario confesar el pecado y la culpa a fin de gozar nuevamente de la comunión práctica con Dios. En el paraíso de Dios todo esto será parte del pasado.

1.2. Cristo, el verdadero árbol de vida

La descripción del jardín del Edén comienza con los árboles que el Señor Dios hizo brotar del suelo (Génesis 2:9). El árbol de vida, que se encontraba en medio del jardín, y el árbol del conocimiento del bien y del mal son mencionados específicamente. Luego, el mismo pasaje bíblico nos ofrece una serie de datos acerca del río del jardín (Génesis 2:10). Tal río regaba primeramente el jardín haciéndolo fértil, luego de lo cual se dividía en cuatro brazos que llevaban fertilidad a todo el mundo conocido en aquel entonces. Desde dicho jardín brotaba una corriente de agua viva que fluía hacia las tierras que lo rodeaban.

El hecho de que en Génesis 2 se mencione en primer lugar al árbol de vida – antes que al agua de vida – no responde al azar. Desde un punto de vista lógico podríamos creer que el orden de tales menciones debería ser el opuesto, pues, sin agua el árbol no podría crecer. Pero, ambas cosas, ambas bendiciones, van juntas; y no se puede acceder a ellas por separado. No obstante, el énfasis en Génesis 2 está puesto en el árbol de vida, figura de Cristo mismo. El Señor Jesús fue el único justo, el hombre que fue bendecido ricamente a causa de su absoluta confianza en Dios (Salmo 1:3; Jeremías 17:7-8). Cristo fue como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da fruto a su tiempo; murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación (Romanos 4:25). Y, una vez glorificado en el cielo, envió al Espíritu Santo a la

tierra. Por cierto, el Espíritu Santo no podía descender hasta que Jesús hubiera sido glorificado (Juan 7:39).

1.3. Cristo y el agua viva del Espíritu

Así como el árbol de vida y el agua de vida estaban juntos, así también sucede con Cristo y el Espíritu Santo. Ellos no pueden ser separados entre sí. No obstante, notemos que la Palabra enfatiza a la persona de Cristo – verdaderamente hombre y verdaderamente Dios – y la obra que Él cumplió aquí en la tierra, base sobre la cual el Espíritu Santo pudo ser derramado. El Espíritu vino a glorificar a Cristo; descendió a la tierra como un suave rocío, como una corriente de agua viva. El agua es una muy bien conocida figura bíblica del Espíritu, tal como las palabras del profeta Isaías lo presentan: “Porque yo derramaré aguas sobre el sequedal, y ríos sobre la tierra árida; mi Espíritu derramaré sobre tu generación, y mi bendición sobre tus renuevos; y brotarán entre hierba, como sauces junto a las riberas de las aguas” (Isaías 44:3-4).

En Apocalipsis 22, leemos en primer lugar acerca del río de agua de vida que brota del trono de Dios y del Cordero, y luego hallamos la mención del árbol de vida, el que no está situado en ninguna de las orillas del río, sino en medio de la calle que atraviesa la nueva Jerusalén. El origen de este río es el trono de Dios y del Cordero, es decir, el Señor muerto y resucitado (cf. Apocalipsis 5), lo que nos habla de la obra de Cristo como la única fuente de bendiciones. Y el hecho de que el río proceda del trono de Dios y del Cordero, nos hace pensar en el Espíritu que viene del Padre y del Hijo, aquel que fue el Cordero de Dios aquí en la tierra (Juan 14:26; 15:26; 16:7).

En Apocalipsis 2:7 leemos acerca del “árbol de vida, el cual está en medio del paraíso de Dios”, y no se menciona otros árboles.

En este versículo, Cristo promete a los vencedores de la iglesia en Éfeso darles de comer del árbol de vida. La Palabra no nos ofrece en este pasaje una descripción del río, pues su objetivo es resaltar solamente al árbol de vida. Los vencedores estarán con su Señor en gloria y se “alimentarán” de Él. Dios nos ha dado la vida eterna en Cristo (1.^a Juan 5:11); pero, además, Él mismo será nuestra herencia, y disfrutaremos libremente de Su persona. Cristo, el núcleo de todos los pensamientos de Dios (cfr. Apocalipsis 5:6), es también el centro del paraíso de Dios. No hay nadie que pueda impedir que vayamos a Él. No nos encontraremos con ningún querubín con una espada de fuego bloqueando la entrada a tal lugar. Estar con Cristo, estar en su presencia, es “muchísimo mejor” (Filipenses 1:23). Tal fue la promesa que el Señor le hizo al malhechor que había sido crucificado con él: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43). Y ese mismo día, en el jardín celestial, este hombre gozaría de manera imperturbable de su porción del árbol de vida. ¡Cuán maravilloso es estar para siempre con el Señor! Para este ladrón la puerta al cielo fue abierta por medio de su fe en el Cristo crucificado, tal como sucede para cualquier persona que hoy cree en el Señor Jesús. El haber sido limpiados del pecado y de la culpa, y vestidos con las vestiduras de la salvación nos da el derecho de entrar en el paraíso de Dios, a fin de gozar del árbol de vida por toda la eternidad: “Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas de la ciudad” (Apocalipsis 22:14).

1.4. El agua de vida a disposición de todos los sedientos

Hay algo más para decir en cuanto a lo que Génesis 2 nos refiere sobre el agua de vida, pues vemos que el río paradisiaco no sólo proveía de agua al jardín, sino también al resto del mundo. Dicho

río se dividía en cuatro brazos. Uno de los cuales, llamado Pisón, rodeaba la tierra de Havila, “donde hay oro”. El otro río, Gihón, rodeaba la tierra de Etiopía; y el Tigris y el Éufrates proveían de agua a toda la Mesopotamia (Génesis 2:10-13). La corriente de agua viva era una fuente refrescante para toda la tierra.

Y en el plano espiritual no hay diferencia. El agua de vida no sólo satisface las necesidades de nosotros, los creyentes, sino que también fluye llevando bendiciones a quienes nos rodean. No solamente tenemos en nuestro interior una fuente de agua que salta para vida eterna, sino también una corriente de agua viva que fluye de nuestros corazones (Juan 4:14; 7:38). Hay suficiente agua para mitigar la sed de todo un mundo sediento. La oferta de la gracia de Dios tiene un alcance universal, por lo que la invitación está dirigida a todos los sedientos. Juan escribe en el Apocalipsis: “Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (Apocalipsis 22:17). El río de agua de vida no fluye sólo dentro de la ciudad, la nueva Jerusalén, a fin de refrescar únicamente a sus habitantes, sino que tal corriente de bendiciones alcanza mucho más allá de tales límites y está disponible para quienes todavía están afuera. La salvación en Cristo puede ser obtenida libremente. Todos los sedientos pueden venir y beber (Isaías 55:1).

Los cuatro brazos cubren, por decirlo así, la totalidad del mundo. Y tales ríos deben de haber sido enormes y caudalosos, cuyas aguas seguramente corrían estruendosas, de lo cual nos hablan los nombres de los tres mencionados en primer lugar. Pisón significa «corriente», Gihon «estruendoso», y Tigris (o Hidekel) probablemente «aguas fértiles», significados muy adecuados para referirse a estas corrientes de agua que llevaban vida y fertilidad. Gracias al agua, la tierra puede dar crecientes pasturas, hierbas y árboles frutales (cfr. Génesis 1:11-12). Y cuando nosotros

venimos a ser hijos de Dios, «plantados» en el jardín de Dios, podemos llevar fruto para Él (Romanos 7:4). Una vez que hemos «comido» del árbol de vida, es decir, cuando tenemos parte con Cristo mismo, recibimos la vida eterna por medio de Él. Entonces podemos crecer en la fe y, en un sentido espiritual, venimos a ser árboles plantados a la vera de los ríos de agua viva. Como hemos visto, el agua de vida es una figura del Espíritu vivificante que habita en todos los verdaderos creyentes. El Espíritu sacia nuestra sed y nos conduce a llevar fruto para Dios y para nuestro prójimo. Según el Nuevo Testamento, el fruto del Espíritu tiene nueve aspectos: “[...] amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (Gálatas 5:22-23).

2. La Iglesia como el jardín de Dios, actualmente y en el futuro

“Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa mía; fuente cerrada, fuente sellada. Tus renuevos son paraíso de granados, con frutos suaves, de flores de alheña y nardos; nardo y azafrán, caña aromática y canela, con todos los árboles de incienso; mirra y áloes, con todas las principales especias aromáticas.”

Cantar de los Cantares 4:12-14

2.1. El paraíso de Dios

El jardín del Edén también era el jardín de Dios; pero, a causa de la caída del hombre en el pecado, aquel paraíso terrenal se perdió muy pronto. Sin embargo, ahora existe otro paraíso, un paraíso nuevo y celestial, donde los creyentes que han partido de este mundo están con Cristo. Tal es el lugar que el Señor le prometió

al malhechor que había sido crucificado con Él: “De cierto te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43). El apóstol Pablo nos enseña que los creyentes que han fallecido escuchan en ese lugar palabras *inefables*, las que hombre alguno sobre la tierra puede expresar (2.^a Corintios 12:4).

En el último libro de la Biblia, este paraíso es mencionado, con menor o mayor precisión, como el paraíso de Dios. El pecado y las consecuencias negativas de la caída de Adán han sido quitados de este lugar para siempre. Aquellos que venzan las pruebas terrenales con la fuerza de Dios, podrán comer por la eternidad del “árbol de la vida, el cual está en el medio del paraíso de Dios” (Apocalipsis 2:7). Cristo es el árbol de vida; Él se llama a sí mismo el “árbol verde” (Lucas 23:31). Podemos pensar en el Señor como el “árbol plantado junto a corrientes de aguas” (Salmo 1:3). “Comer” de este árbol de vida significa alimentarse de Su persona, participar de Su vida. Es una figura que nos habla de nuestra absoluta dependencia de Él. De hecho, esta bendición espiritual es fundamentalmente el privilegio de todo creyente. Por medio de la fe podemos “alimentarnos” de Cristo y ser partícipes de su vida, la vida eterna, incluso desde ahora. En el cielo podremos hacer lo mismo, pero de manera perfecta. En el paraíso de Dios, donde el pecado y la muerte han sido quitados para siempre, Cristo alimenta a los suyos dándoles de comer del “árbol de vida”. Muy pronto, este paraíso de Dios descenderá de los cielos – bajo la forma de la nueva Jerusalén, el centro del gobierno divino – y, en el futuro Reinado de paz, el árbol y el agua de vida estarán a disposición de toda la humanidad. Las hojas de dicho árbol serán para sanidad de las naciones (Apocalipsis 22:2). Aparentemente, el fruto del árbol será reservado para que lo coman exclusivamente los santos celestiales, es decir, los habitantes de la ciudad (cfr. Apocalipsis 2:7; 22:14).

2.2. La Iglesia de Dios

No obstante, podemos reflexionar acerca de otra aplicación mucho más precisa¹ de esta figura. Por cierto, hay bastante más para considerar que el pasado distante del Génesis o el futuro posiblemente cercano del Apocalipsis. En la presente dispensación, la Iglesia de Dios es el “jardín” de Dios sobre la tierra, incluso cuando esto no sea siempre algo claramente visible. Dios, en sus pensamientos, estima que la Iglesia es “huerto cerrado” y “fuente sellada” para Él y para el Señor Jesucristo. Estas dos figuras nos hablan, por un lado, de una completa separación del mal, y, por el otro, del compromiso con un Esposo celestial. Tales cosas nos llevan a pensar en las expresiones del capítulo 4 de Cantares, tal como lo mencionamos más arriba. Allí, leemos que el esposo le dice a la esposa: “Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa mía; fuente cerrada, fuente sellada. Tus renuevos son paraíso de granados, con frutos suaves, de flores de alheña y nardos; nardo y azafrán, caña aromática y canela, con todos los árboles de incienso; mirra y áloes, con todas las principales especias aromáticas” (Cantar de los Cantares 4:12-14).

Vemos que el esposo encuentra en su esposa muchos frutos y cosas preciosas. Y lo mismo podemos pensar de la Iglesia, el objeto del gozo del Señor. Su dueño celestial encuentra Su gozo en ella. Cristo se siente a gusto en su “jardín”, porque allí puede ver toda clase de frutos excelentes, tales como las granadas, que siempre en las Escrituras nos hablan del servicio sacerdotal en

1 En este caso nos referimos a una aplicación práctica del *Cantar de los Cantares* de Salomón. Muchos comentaristas bíblicos señalan correctamente que en el Antiguo Testamento la esposa del Señor es Israel. Los prometidos llevaron a cabo su pacto matrimonial con Yahvé, y el viaje a través del desierto vino a ser su viaje de compromiso (Jeremías 2:2). La Iglesia, en cambio, es la esposa de Cristo, y los creyentes disfrutan individualmente de un lazo de amor con Él muy particular.

el santuario. El fruto del Espíritu abunda allí. Además, podemos contemplar especias preciosas y diversas fragancias, tales como la canela y el cálamo, el nardo y el azafrán, la mirra y el áloe. Estas especias nos hacen pensar, entre otras cosas, en el “nardo” de nuestra adoración y la “fragancia”, el “incienso” de las ofrendas espirituales que ofrecemos como creyentes (cfr. Salmo 141:2; Juan 12:3; Apocalipsis 8:3).

Además de agua y árboles frutales, el primer paraíso – o para el caso la tierra de Ávila, en la que el río Pisón fluía – tenía otros recursos, a saber, oro de altísima pureza y gemas, como por ejemplo las piedras de ónice. Por otro lado, también podía hallarse un bálsamo perfumado llamado bedelio (Génesis 2:12). El oro y las piedras preciosas nos hablan de la gloria divina, de la majestad y del esplendor. Encontramos todos estos elementos otra vez en la nueva Jerusalén (Apocalipsis 21:18-21). La ciudad tenía la gloria de Dios, porque Él la había puesto allí. La Iglesia glorificada es adornada con la gloria de su Señor y Esposo. El bálsamo fragante nos habla del santo incienso que se eleva de en medio de los santos para la gloria de Dios y del Cordero (cfr. Apocalipsis 5:8; 8:3). ¡Nuestra adoración será solamente para Él, y por la eternidad!

2.3. El templo y la ciudad de Dios

¿Quiénes pueden entrar en este paraíso? En Apocalipsis 2 y 3 los creyentes fieles son llamados en varias oportunidades “vencedores”. Aun en la situación de ruina en la que se encuentra la Iglesia en su testimonio, siempre habrá allí personas con un oído abierto para escuchar lo que el Espíritu les dice. Las cartas a las primeras tres iglesias concluyen con la promesa de bendición a los «remanentes»; pero, en las cuatro últimas, los vencedores

son mencionados en primer lugar, y luego leemos la siguiente expresión: “El que tiene oído para oír, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”. Esto nos muestra que a partir de Tiatira la restauración ya no será posible para la Iglesia como un todo. Las esperanzas brindadas por el Espíritu Santo están dirigidas puntualmente a los vencedores.

La iglesia en Éfeso, la primera en ser mencionada, representa la posición general de la Iglesia de Dios, pues en ella el Señor se presenta a sí mismo en su carácter general. Él tiene las estrellas en su diestra y camina en medio de los candeleros de oro. Los vencedores reciben aquí la promesa de una bendición que todos los cristianos tienen en común: participar de la vida que sólo puede ser hallada en Cristo, a saber, “comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios” (Apocalipsis 2:7). Esta participación de la persona de Cristo implica la identificación con Él y su gloria futura.

Tal identificación con el Señor es descripta de manera particular en la carta a Filadelfia. Él no rechaza a esta iglesia en ningún sentido. Filadelfia, obediente a Su palabra y fiel a Su nombre, se apartó de la iniquidad que la rodeaba en la casa de Dios, volviéndose hacia Cristo y reconociéndolo como el Santo y Verdadero, siendo esta la única base sobre la que puede afirmarse la verdad concerniente a la Iglesia según las Escrituras. Sin embargo, no es menos verdad que en Filadelfia había poca fuerza, pero, dentro de poco tiempo el valor de tal fidelidad será manifestado públicamente. Cuando la Iglesia aparezca con Cristo en gloria, ella tendrá un lugar eterno allí, como lo tenían los pilares del templo, Jaquín y Boaz. Lo que ahora se mantiene con una profunda debilidad, entonces será visto en perfección. Este remanente vencedor será participante de la gloria del Señor, de la gloria del templo y de la ciudad de Dios que descenderá del cielo (Apocalipsis 3:10-12).

Filadelfia, fiel remanente, puede expresar aun hoy los pensamientos de Dios acerca de la Iglesia, pero, también espera el tiempo en que todos los designios y planes de Dios tendrán su cumplimiento en gloria. Aun cuando este remanente fiel siga estrictamente el «plan» de la Iglesia tal como lo enseña la Palabra de Dios, también comprende que esto sólo tendrá su cabal cumplimiento en la gloria, por lo cual aguarda el paraíso de Dios, la nueva Jerusalén. Filadelfia y la Iglesia, tal como será revelada en gloria, están estrechamente vinculadas. Podemos observar esto en las promesas hechas a los vencedores: “Al que venciere, yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual desciende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo” (Apocalipsis 3:12). Obviamente, estos creyentes aparentemente débiles son un símbolo de fuerza en el templo de Dios tal como los reconocidos ciudadanos de la ciudad celestial. Llevar los gloriosos nombres de Dios, de Cristo y de la nueva Jerusalén habla de unión e identificación, de reconocimiento y manifestación. Nuestro futuro está en esta ciudad celestial, la cual tiene la gloria de Dios e iluminará la tierra con su brillante esplendor. En Apocalipsis 21 y 22 este tema aparece para nuestra consideración de manera más detallada, y allí observamos también, por un lado, la estrecha unidad entre Dios y Cristo y, por el otro, la Iglesia glorificada. Hallamos aquí una clara descripción acerca del estado paradisiaco y las bendiciones que emanan de la presencia del árbol de vida y del agua de vida (Apocalipsis 21:6; 22:1,2,14).

3. Con Cristo en el paraíso

“Y uno de los malhechores que estaban colgados le injuriaba (...) Respondiendo el otro, (...) dijo a Jesús: Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino. Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.”

Lucas 23:39-43

3.1. La última voluntad de nuestro Señor

Hasta donde sabemos por los evangelios, en siete oportunidades el Señor dijo o clamó algo mientras estaba colgado en la cruz. Tres de estas expresiones fueron dichas antes de las tres horas de tinieblas, y tres luego de tales momentos. Durante tales horas de tinieblas, casi al final de las mismas, sólo hallamos una expresión de clamor, el grito del Cristo angustiado, que corresponde a una cita del Salmo 22: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? (Mateo 27:46; Marcos 15:34). El Señor expresaba así el inmensurable sufrimiento que le causaba ser abandonado por Dios, lo cual tuvo que soportar a causa de nuestros pecados.

En un sentido, estas siete expresiones conforman la última voluntad del Señor, el testamento espiritual que nuestro Redentor agonizante nos legaba antes de morir. Muy especialmente, las tres primeras palabras en la cruz brindan un fuerte testimonio acerca del valor y el poder de la obra de Cristo, porque por medio de ellas ya podemos vislumbrar algo sobre los resultados de sus sufrimientos. Ellas nos hacen ver la riqueza espiritual que el Señor ha dejado a los suyos sobre la base de su obra cumplida. Tres bendiciones que están garantizadas en virtud de la muerte del Salvador:

1. El perdón de los pecados de los malhechores, según la oración del Señor al Padre que leemos en Lucas 23:34.
2. Un lugar en el paraíso, de acuerdo a la promesa del pasaje de Lucas 23:43.
3. Un lugar de cuidados amorosos en medio de la familia de Dios aquí en la tierra, tal como lo señala Juan 19:26-27.

De manera que observamos que el legado del Señor a nuestro favor consta de bienes espirituales, bendiciones que los suyos recibimos en virtud de Su muerte. Él es el Testador que se ocupa de nuestro pasado, presente y futuro. Podemos apreciar estas instancias de la siguiente manera:

1. En lo que se refiere a nuestro pasado, nuestros pecados han sido lavados por Su preciosa sangre.
2. En cuanto al presente, Él nos garantiza un lugar seguro en medio de la familia de los hijos de Dios.
3. Al mirar hacia el futuro, observamos el paraíso de Dios en los cielos, abierto para nosotros. ¿Qué más podríamos desear?

3.2. “Hoy estarás conmigo en el paraíso”

Consideremos ahora la segunda expresión del Señor en la cruz, la cual incluye la promesa de un lugar en el paraíso celestial: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso”. El Señor hablaba así con autoridad divina. “De cierto” tiene el valor de un «amén». No cabe duda alguna acerca del cumplimiento de tal promesa. Aun cuando el Señor fue crucificado en debilidad, Él vive por el poder de Dios. Él cumple sus promesas. A partir de este versículo, podemos llegar a las siguientes conclusiones:

1. Ningún lapso (de purificación o limpieza) es necesario para que un creyente que fallece alcance tal bendición, pues, el Señor le prometió al malhechor que estaría con Él en el paraíso ese mismo día. El sueño de la muerte es sólo para el cuerpo, que descansa en el sepulcro hasta el día de la resurrección. En consecuencia, esta verdad refuta la enseñanza del llamado «sueño del alma», según el cual las almas de los santos que parten de este mundo se encuentran en una especie de «sueño» hasta el día de la resurrección.
2. Por el contrario, aquellos que mueren en Cristo se encuentran inmediatamente en la presencia del Señor y están conscientes de tal situación. “Hoy estarás conmigo en el paraíso” fue la promesa del Señor para el ladrón que había creído en Él. Este hombre esperaba el reinado mesiánico, creía que el Señor era el Rey de los judíos, y que recibiría el reino en el tiempo de Dios. Este malhechor sabía que en dicho reino habría un lugar para los santos resucitados, por lo que tenía la esperanza de contar con el favor del Rey para alcanzar su lugar allí. En lugar de esto, él obtuvo un lugar mucho mejor: un lugar en el paraíso de Dios, donde podría sentarse a la mesa en la presencia del Señor ese mismo día.

3. En Lucas 16, el lugar de bendición después de la muerte es llamado “El seno de Abraham”, pero, esto era así *antes* de que el Señor Jesús cumpliera con la obra de la redención. Luego de que el Señor resucitara y fuera glorificado a la diestra de Dios, Abraham, el «padre» de todos los creyentes ya no ocupa el centro de atención de ellos. Estar con Cristo es nuestra mejor parte ahora, y no sólo en lo que respecta al lapso entre la muerte y la resurrección. Tenemos la misma promesa incluso luego de la resurrección de los muertos o de la transformación de los creyentes que permanezcan vivos hasta el retorno del Señor, es decir, hasta el rapto de la Iglesia: “ (...) y así estaremos siempre *con el Señor*” (1.ª Tesalonicenses 4:17).
4. Este lugar de bendición es llamado «paraíso», porque es la contrapartida celestial del jardín del Edén. Cristo estará allí como el verdadero Árbol de vida, y el Espíritu Santo será la fuente de aguas vivas, de manera que todos los sedientos y hambrientos de corazón podrán ser saciados en todo sentido. Pero, aquellos que han dormido en Cristo están disfrutando de bendiciones inefables ahora mismo.

4. Con Pablo en el paraíso

“Vendré a las visiones y a las revelaciones del Señor. Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y conozco al tal hombre (si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar. De tal hombre me gloriaré; pero de mí mismo en nada me gloriaré, sino en mis debilidades.”

2.ª Corintios 12:1-5

4.1. Un hombre en Cristo

En Corinto había maestros y apóstoles falsos que eran aceptados allí, por lo cual Pablo se vio obligado a tomar posición en contra de ellos. Esos malos obreros se gloriaban «en la carne», es decir, en su propia ascendencia, honor y estima según su naturaleza humana. Pablo, sin embargo, no se gloriaba de él mismo, sino del «hombre en Cristo». ¿Qué quería decir con esto? Si por

medio de la fe, una persona está unida a Cristo, Dios ya no la contempla en su natural estado, es decir, como descendiente de Adán. Esta persona está ahora “en Cristo”, vinculada íntimamente con Él, unida a Él. Está ahora ante Dios sobre una base *nueva*, la de la resurrección y la libertad del Espíritu de vida en Cristo Jesús (Romanos 8:1-2). Por lo tanto, si alguien está en Cristo, es una “nueva criatura”, lo cual era una verdad fundamental para los apóstoles (2.^a Corintios 5:16-17; Gálatas 6:12-16).

De manera que gloriarse en el hombre “en Cristo”, no significa hablar de nosotros mismos, de nuestro honor o cualidades. Todo esto desaparece en la luz del conocimiento de Cristo, quien sobrepasa tales cosas (Filipenses 3:8). Tampoco se trata de hablar acerca de experiencias personales espectaculares (como por ejemplo un ascenso al cielo o, como algunos se animan a afirmar, un «descenso al infierno»), gloriándose así acerca de algunas revelaciones no bíblicas. Todo esto resulta absolutamente intrascendente e incluso engañoso. El “hombre en Cristo” le debe todo a Cristo, a Su muerte, resurrección y ascensión; estas cosas son las que deben ser puestas de relieve, porque ellas son las que caracterizan la nueva posición del creyente. Hemos sido crucificados, muertos y sepultados con Cristo, y hemos sido levantados con Él a los lugares celestiales. Un hombre “en Cristo” permanece ante Dios como perfecto y completo (Efesios 1:4-6; 2:6; Colosenses 2:10). No es el lugar del hombre natural, de la naturaleza humana caída a causa del pecado, sino el lugar de todos aquellos que están en Cristo, unidos a Él. Esto significa que, en principio, tal es la posición real de cada verdadero creyente en su carácter de “hombre en Cristo”.

Sin embargo, la gloria de este lugar y de esta posición, será revelada dentro de un tiempo. Por este motivo está escrito: “El anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de

los hijos de Dios” (Romanos 8:19). Nuestra posición ante Dios se la debemos al Hombre celestial a quien estamos unidos, porque “cual el celestial, tales también los celestiales” (1.ª Corintios 15:48). Todo esto – y también lo referente a nuestros cuerpos – será observado gloriosamente en la segunda venida de Cristo. Así como hemos traído la imagen del terrenal, del hombre mortal, Adán, traeremos también la imagen del Hombre glorificado en el cielo, el segundo Adán (1.ª Corintios 15:49).

Cuando Pablo hablaba acerca de “visiones y revelaciones del Señor” (2.ª Corintios 12:1), se refería a cosas reales, no al fruto de la imaginación o de la invención humana. Creo que podemos vincular tales visiones con la visión por medio de la que el apóstol fue llamado, tal como leemos en el libro de los Hechos, capítulos 9, 22 y 26. Cuando Pablo fue rodeado por el resplandor de luz del cielo, recién en ese momento comprendió que aquel Jesús a quien él perseguía era la Cabeza celestial que estaba unida con todos los suyos aquí en la tierra. Cristo vive en los miembros de su cuerpo que están en la tierra, y ellos están unidos a Él como su Cabeza en los cielos. Cristo en nosotros y nosotros en Cristo, tal es el misterio de la Iglesia acerca del cual Pablo fue hecho mayordomo.

De manera muy diferente a lo que sucede en nuestros días, en los que se pregona mucho acerca de experiencias extraordinarias, Pablo no se gloriaba a causa de las revelaciones que había recibido. Por el contrario, habló de ellas muy pocas veces. Ya habían pasado catorce años desde que él había sido raptado al paraíso. Llamativamente, este lapso también es mencionado en Gálatas 2:1. Llamándose a sí mismo “un hombre en Cristo”, el apóstol le daba a Cristo la merecida honra. Como resultado de la obra de Cristo todos los verdaderos creyentes están unidos a Él en los cielos. La Cabeza en los cielos representa a todos sus miembros.

Allí donde Él está, ante Dios, también nosotros tenemos un lugar. Como “hombres en Cristo” hemos sido recibidos y hechos aceptos en el Amado. El hogar de todos los creyentes es el tercer cielo, y luego del rapto de la Iglesia ellos podrán vivir plenamente la realidad de tal lugar.

4.2. El paraíso y el tercer cielo

El tercer cielo es el “cielo de los cielos” (Salmo 148:4), la habitación de Dios. Esto nos hace pensar en el modelo del templo y el tabernáculo: después del lugar santo, detrás del velo, estaba el Lugar Santísimo, el santuario interno. Allí estaba Dios entronizado, y en ese lugar, el Día de la Expiación, se alcanzaba la reconciliación por medio del ofrecimiento de la sangre de las ofrendas por el pecado, que el sacerdote llevaba ante la presencia de Dios (Levítico 16; Hebreos 13:11).

El apóstol menciona luego que también fue arrebatado al paraíso (2.^a Corintios 12:3-4). No creo que él se esté refiriendo a un lugar completamente diferente al tercer cielo que había mencionado. Es probable que sea una parte del tercer cielo. El apóstol habla de la misma persona, un “hombre en Cristo”, y reitera que no sabe si fue en el cuerpo o fuera del cuerpo. Entendemos que la referencia al *paraíso* señala especialmente el gozo y las bendiciones de tal lugar. Este jardín celestial está lleno de la gloria de Dios, por lo que Pablo habla de “palabras inefables” que allí oyó, acerca de lo cual hablaremos más abajo.

4.3. Arrebatado en el cuerpo o fuera del cuerpo

Pablo fue llevado al tercer cielo, hecho que pudo haber sucedido repentinamente, tal como lo indica el verbo utilizado:

«arrebataado» (cfr. Mateo 11:12; Juan 10:12, 28-29; Hechos 8:39; 23:10; 1.ª Tesalonicenses 4:17; Judas 23; Apocalipsis 12:5). Este «arrebataamiento» pudo haber sido una especie de éxtasis o rapto (cfr. Hechos 22:17 y 2.ª Corintios 5:13), aunque existe la posibilidad de que realmente haya sucedido físicamente, “en el cuerpo”. La historia de Felipe, el evangelista, confirma que la última posibilidad no debe ser considerada algo imposible: él fue arrebatado por el Espíritu Santo, de manera que el eunuco no lo vio más (Hechos 8:39). Es importante comprender el tema que estamos tratando, pues muy pronto los creyentes seremos arrebatados de la tierra y de manera súbita a fin de encontrarnos con el Señor en el aire. Y tal suceso *no será* un éxtasis, sino que sucederá “en el cuerpo”; en los cuerpos transformados de aquellos que estén vivos en la venida del Señor, y en los cuerpos resucitados de quienes hayan dormido en Jesús. Según el apóstol Pablo, esto tendrá lugar en el rapto de la Iglesia (1.ª Tesalonicenses 4:15-17). La Iglesia será arrebatada de la tierra en un abrir y cerrar de ojos. Este suceso repentino generalmente recibe el nombre de arrebatamiento.

Las dos veces en que el apóstol Pablo afirma no saber si lo que le sucedió fue en el cuerpo o fuera del cuerpo, él dice “Dios lo sabe” (2.ª Corintios 12:2-3). Sólo Dios sabe cómo sucedió. En el último libro de la Biblia Juan afirma unas pocas veces que él estaba “en el Espíritu” o que estaba siendo llevado “en el Espíritu” (Apocalipsis 1:10; 4:2; 17:3; 21:10). Obviamente, esto le sucedía “fuera del cuerpo”, aun cuando él era capaz de observar detalladamente lo que veía y oía luego de haber subido al cielo (Apocalipsis 4:1). Pablo, no obstante, fue arrebatado de la tierra tan rápidamente que él no era capaz de determinar si había sido un momento de éxtasis o un hecho físico (cfr. Hechos 12:9). En cualquiera de los dos casos, podemos afirmar que desde el punto de vista bíblico ambos *fueron* reales. Los creyentes fallecidos están “fuera del cuerpo” con Cristo, en el paraíso, ahora mismo; pero, pronto

ellos y nosotros, los que aún estamos vivos y permaneceremos hasta la venida del Señor, seremos tomados “en el cuerpo” para ser llevados al tercer cielo, a la casa del Padre. ¡Y así estaremos siempre *con el Señor!*

4.4. Cuatro cosas inefables

En ese momento – nadie sabe cuán pronto ocurrirá esto – seremos testigos de las palabras inefables que pueden escucharse allí. Pablo no dice quiénes expresan tales cosas, si los santos celestiales, los ángeles o Dios mismo. Esto todavía constituye para nosotros un misterio. En el último libro de la Biblia escuchamos una serie de afirmaciones y revelaciones proféticas hechas por personas que están en el cielo. Aparentemente, estas expresiones no pertenecen a la categoría de «palabras inefables». Juan debía sellar sólo las cosas que habían dicho los siete truenos (Apocalipsis 10:4).

No tenemos motivos para afirmar que Pablo era incapaz de comprender aquellas «palabras inefables». Por el contrario, ellas constituían una revelación especial que él obviamente comprendía bien (2.^a Corintios 12:7). De otro modo, él no habría necesitado un agujijón en la carne, porque no habría corrido el riesgo de exaltarse y glorificarse a sí mismo. Seguramente es más positivo pensar en las muchas revelaciones que Pablo recibió en relación con Cristo y la Iglesia, y los misterios acerca del futuro, tales como la restauración de Israel, el rapto de la Iglesia, y otros más. El apóstol escribió sobre varios de estos temas en sus epístolas. El carácter inefable de estas revelaciones tiene que ver más bien con su origen divino, con la naturaleza celestial de tales misterios y la forma en que son *experimentados en el paraíso*. Pero, a ningún ser humano le es permitido expresar tales verdades

en palabras, aun cuando también es verdad que el Espíritu Santo guió a Pablo y a los demás apóstoles hacia la verdad divina mientras ellos todavía estaban aquí en la tierra (Juan 16:13). De todas maneras, el apóstol, sin dudas, verdaderamente conocía tales revelaciones celestiales, las que pronto todos nosotros conoceremos cabalmente (1.ª Corintios 13:12). Mientras Pablo estaba en el cielo, no hallaba ninguna dificultad en gozar de aquellas revelaciones. Pero, tan pronto como él volvió a la tierra, necesitó un aguijón en la carne (probablemente una enfermedad en la vista, cfr. Gálatas 4:13-15), para que no se exaltara sobremanera a causa del conocimiento de dichas revelaciones. Mientras estaba en la tierra, Pablo todavía no era perfecto.

Los creyentes fallecidos están ahora en el paraíso gozando de estas cosas gloriosas y celestiales plenamente. Su felicidad y bendición no difieren en absoluto de las que corresponden a las realidades vividas en el estado eterno, porque cuando el cristiano parte de este mundo está *con Cristo* (Filipenses 1:23), lo cual determina tales bendiciones. En este sentido, podemos afirmar que las Escrituras no presentan ninguna diferencia entre el estado intermedio y el estado eterno; lo cual tampoco existe para el inconverso: estar en el Hades o en el lago de fuego para estos últimos implica la misma gravedad y los mismos sufrimientos (cfr. Lucas 16).

Mientras estamos aquí, en la tierra, gozamos de nuestra porción como cristianos, porque nos regocijamos en Cristo desde ahora “con gozo *inefable* y glorioso” (1.ª Pedro 1:8). Resulta algo bastante difícil poner en palabras tal gozo celestial, pero podemos contemplar su reflejo, por ejemplo, en el rostro de Esteban (Hechos 6:15; 7:55). También agradecemos continuamente al Padre por su “don *inefable*” (2.ª Corintios 9:15), el don de Su amado Hijo y el del Espíritu Santo (Juan 4:10; 7:38-39; 14:26). ¿Quién podría

medir las riquezas de tales dones? Más aún, en el tiempo actual es el mismo Espíritu Santo quien ora e intercede por nosotros con “gemidos *indecibles*” (Romanos 8:26). El Espíritu Santo, que habita en nosotros, intercede en nuestros corazones de acuerdo con la voluntad de Dios, lo cual es una divina intercesión a favor de los *santos* (Romanos 8:27). Por lo tanto, incluso aquí en la tierra, ¡estos indescriptibles dones del Dios trino están a nuestra disposición!

5. Con Juan en el paraíso

“Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad.”

Apocalipsis 22:14

5.1. La felicidad de entrar en la ciudad santa

Esta es la última «bienaventuranza» mencionada en el libro del Apocalipsis (en total, el libro menciona siete de ellas), la cual se refiere a la entrada en la nueva Jerusalén, la ciudad celestial del Reino de paz (cfr. Hebreos 12:22-24). Dicha bienaventuranza nos habla de una condición importante para entrar en la ciudad, a saber, tener «lavadas las ropas», y, por otro lado, dos consecuencias de nuestra ciudadanía celestial: en primer lugar, el derecho a gozar del árbol de vida; y, en segundo lugar, entrar por las puertas de la ciudad. Tales privilegios – participar de la persona de Cristo y habitar más allá de las puertas de la ciudad celestial, la Iglesia en gloria – están garantizados a nuestro favor por medio de la fe.

Al mismo tiempo, encontramos el lado opuesto de la figura, que nos habla de aquellos que están fuera. ¡Y qué enorme contraste nos presenta este versículo!: “Mas los perros estarán fuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras, y todo aquel que ama y hace mentira” (Apocalipsis 22:15). Esto implica que en la ciudad celestial se mantiene de manera efectiva la santidad divina. Aunque parezca muy obvio, la Palabra no obstante marca un «dentro» y un «fuera», ambos definidos como un estado permanente. Este párrafo nos recuerda lo que el apóstol Pablo escribió acerca de los actuales límites de la Iglesia aquí en la tierra (cfr. 1.ª Corintios 5:12-13). En el libro de Nehemías leemos un pasaje que nos describe cómo el pueblo bendijo a todos los varones que voluntariamente se ofrecieron para morar en Jerusalén, “Porque la ciudad era espaciosa y grande, pero poco pueblo dentro de ella... Y bendijo el pueblo a todos los varones que voluntariamente se ofrecieron para morar en Jerusalén” (Nehemías 7:4; 11:1-2). En la Jerusalén celestial se vivirá una situación totalmente diferente. El momento de elegir dónde vivir será una cosa del pasado, y allí vivirá una innumerable multitud de ciudadanos, donde el Señor mismo bendecirá a los que habitan la ciudad. Él mismo es quien se expresa en los versículos a partir de Apocalipsis 22:6. Las dos bienaventuranzas proceden de la boca del Señor.

El lavamiento de nuestras ropas es el fundamento sobre el cual descansa nuestra ciudadanía en la Sión celestial. Lo cual nos habla de la absoluta limpieza lograda por medio de la sangre de Cristo y el cambio en la forma de vivir que deriva de esto. En la alabanza del primer capítulo del libro del Apocalipsis leemos que Él “nos *lavó* de nuestros pecados con su sangre” (Apocalipsis 1:5). En algunos manuscritos dice que Él nos *redimió* de nuestros pecados con su sangre. La primera expresión se refiere a lo necesario para nuestra purificación y la segunda al gran precio que fue pagado

por nuestra redención. La sangre de Cristo fue necesaria tanto para nuestra redención (lo cual está confirmado en Apocalipsis 5:9) como para nuestra purificación. En Apocalipsis 7:14 leemos acerca de los creyentes que pasaron por la gran tribulación: "... han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero". Esto nos enseña que *ellos mismos* lavaron sus ropas en la sangre del Cordero a fin de que fueran emblanquecidas. La forma activa de este verbo también es utilizada en el último libro del Apocalipsis: "Bienaventurados los que lavan sus ropas..." (Apocalipsis 22:14).

Estos pasajes enfatizan que nuestra responsabilidad es ir a Dios a fin de confesar nuestra culpabilidad como resultado de habernos juzgado a nosotros mismos, a la vez que debemos tener una fe sincera en los medios que Dios ha concebido para nuestra redención. No hay otra manera de ser purificados y de que nuestros pecados sean perdonados: la sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios, nos limpia de todo pecado (1.^ª Juan 1:7).

5.2. Los resultados de nuestra purificación

Hay dos aspectos que surgen del lavamiento de nuestras vestimentas. La purificación por medio de la sangre del Cordero nos garantiza: en primer lugar, el derecho a la vida eterna (como resultado de comer del árbol de vida); y, en segundo lugar, la entrada en la nueva Jerusalén. Recibimos el poder o el derecho a comer del árbol de vida, como así también la autoridad para entrar en la ciudad por sus puertas. Estos privilegios serán refutados por los incrédulos (Apocalipsis 22:19).

En la visión precedente de la ciudad celestial observamos una descripción clara de estas cosas. El apóstol Juan gozaba del privilegio de haber sido arrebatado al cielo para mirar a la

desposada, la esposa del Cordero – la Jerusalén celestial – en su radiante belleza (Apocalipsis 4:1-2; 21:9-22:5). El cielo había sido abierto para el apóstol, y él había sido subido, arrebatado por el Espíritu (lit. “en el Espíritu”) y vio un trono en el cielo. El trono nos habla del justo gobierno de Dios y del reinado del Cordero. Sin embargo, hacia el final del libro de Apocalipsis descubrimos que el trono es también la fuente de felicidad y bendiciones. Del trono de Dios y del Cordero fluye el río de agua de vida, y en medio de la calle de la ciudad, a uno y otro lado del río, estaba el árbol de vida, que brindaba cada mes su fruto y cuyas hojas eran para sanidad de las naciones.

Esta metáfora del árbol de vida tiene su origen en los primeros capítulos del libro del Génesis. También la hallamos en la promesa dada a los creyentes vencedores de Éfeso (Apocalipsis 2:7). Comer del árbol de vida es una figura de nuestra participación de Cristo, tal como también lo es comer del pan de vida. En un sentido figurado, hemos comido de Él para recibir y conservar la vida de Dios (cfr. Juan 6).

La figura de las puertas de la ciudad, por las que entraremos en la ciudad de Dios, tiene su antecedente en el libro de Isaías. Las puertas eran el lugar donde se administraba justicia, y constituían la única posibilidad de ingresar a la ciudad; sólo el justo podía ingresar por ellas (cfr. Isaías 26:1-2; 60:1-22). Nuestro legítimo lugar como creyentes está detrás de los seguros muros de la ciudad que Dios nos ha preparado, y allí Él protege con autoridad todo lo que le pertenece. De manera que estaremos siempre con el Señor, y ante el trono de Dios y del Cordero para servirle y adorarle. ¿Disfrutarás tú también de estas bendiciones?

5.3. El árbol de vida en el centro

Lo primero que Juan vio en el cielo cuando fue llevado allí por el Espíritu, fue el trono y a Aquel que estaba sentado allí (Apocalipsis 4:2); el trono de Dios y del Cordero, es decir, de Cristo (Apocalipsis 22:1). En Apocalipsis 5:6 contemplamos al Cordero en medio del trono. Aquí, en Apocalipsis 22, Juan ve el río de agua de vida, claro como el cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. El Cordero es la fuente de vida, y tal vida fluye de Él como una corriente de aguas vivificantes. Cristo es nuestra vida (Colosenses 3:4).

Esta visión nos recuerda el río que durante el futuro reinado de paz fluirá desde el templo, es decir, desde el trono del Dios de Israel (Ezequiel 47:1-12). Muchos otros detalles de Apocalipsis 22 también se refieren a tal período. Durante el Milenio, las realidades celestiales, que sobrepasan nuestros razonamientos y conocimientos, se verán reflejadas en las bendiciones terrenales. A cada lado del río, y también en medio de la calle de la santa ciudad, Juan vio el árbol (o los árboles) de vida. El río y los árboles que lo bordeaban están conectados con la calle (¡detalle singular!) de la ciudad celestial. Obviamente, el río fluye a lo largo de la calle de oro puro. Y tal calle debiera recordarnos a Cristo como nuestro camino, mientras que el río debiera hacernos pensar antes que nada en la limpieza y el refrigerio. El Cordero que ha muerto es la fuente del agua de vida, la que nos limpia y nos da la nueva vida (cfr. Juan 3:5). Y podemos observar que el árbol de vida, en medio de la calle, y a uno y otro lado del río, está fuertemente unido a dicho río (Apocalipsis 22:2). Todo esto nos habla de una vida *fructífera*, una vida que debe ser compartida con otros.

En las Escrituras hallamos a menudo que el árbol es el símbolo de un gran poder humano sobre la tierra (ver, por ejemplo, Daniel 4). Sin embargo, Cristo es el árbol de vida en la Jerusalén de arriba.

Él es el poderoso Príncipe de vida, quien da vida a quienquiera que la necesite (Juan 5:21; 17:2). Y la vida que Él da es apta para el cielo. Si le conocemos por medio de la fe, entonces poseemos en Él la vida eterna y somos hechos aptos para estar en la presencia de Dios. Cristo mismo es la vida eterna, la cual estaba con el Padre y que ahora nos ha sido revelada (1.ª Juan 1:2). Él murió por nosotros a fin de poder darnos vida, una vida que pertenece a un nuevo orden y que vence la muerte y nos permite entrar en el cielo. Tal vida nos ha sido dada por la fe en Su nombre. De tal forma Cristo ha sido hecho Cabeza de una nueva generación de hombres: tal como el Celestial, así también los celestiales (1.ª Corintios 15:48).

En la Jerusalén celestial sólo vemos el árbol de vida; en ninguna parte del último libro de la Biblia se hace mención del árbol del conocimiento del bien y del mal. Así como el árbol de vida ha sido plantado en el medio del jardín del Edén, así Cristo es el centro del paraíso de Dios (Apocalipsis 2:7). El Señor es el centro bendito de vida y adoración para todos los suyos. Aquí no hallamos pecados, fracasos, conciencia acusadora, juicios, muerte ni el riesgo de ser echados de la presencia de Dios. Todas estas cosas ya no tienen un papel que cumplir allí. Cristo cargó sobre sí todas las consecuencias negativas que surgieron a partir de que el hombre comió del árbol del conocimiento del bien y del mal, por decirlo así, y vino a ser el “árbol de vida” para aquellos que le pertenecen. Jesús está en el centro, ¡sólo Jesús!

(contratapa)

Después de haber pecado, Adán y Eva fueron expulsados del paraíso terrenal en el que habían sido colocados por Dios, y la entrada de aquel jardín fue bloqueada para siempre por un ángel que blandía una espada de fuego. El hombre caído en el pecado ya no tenía posibilidades de poder regresar a dicho jardín. Sin embargo, Dios proveyó algo mucho mejor, porque la obediencia de Cristo tuvo resultados mucho más amplios que sobrepasaron las consecuencias de la desobediencia de Adán. La obra cumplida por Cristo en la cruz del Calvario abrió la entrada a un jardín celestial, nuevo y diferente: ¡El paraíso de Dios en el cielo!

En el Nuevo Testamento hallamos sólo tres menciones acerca de este lugar de perfecto gozo. No obstante, lo que leemos en dichos pasajes tiene una gran importancia, ya que arroja mucha luz acerca de las inescrutables riquezas de la persona y la obra de Cristo.